

Al hombre por la palabra (*)

Por Habib Succar

En este libro de poesía (*), encontramos, como en los cruces de vía, varios avisos: un libro dividido en cuatro partes, precedidas por uno que nos alerta hacia el contenido inminente. El primer aviso dice: "Es mejor leer este libro poco a poco, roer, rumiar, masticar despacio su sustancia, el huesito final pasarlo a otro, es decir, conversarlo con algún amigo". Y eso es lo que me propongo: quiero conversar sobre algunas pocas cosas de las tantas que me han sorprendido de estos poemas que, corresponden a la más nueva producción de ese patriarca de nuestra poesía que es Isaac Felipe Azofeifa.

Cruce de Vía, "lleno de mundo como es" tiene una infranqueable presencia del hombre. El poeta ha puesto toda su fe —y por qué no— todo su resentimiento en pro y en contra de ese hombre que somos, para roerlo, masticarlo y pasarlo por el tamiz renovador de la poesía para darnos la posibilidad de un hombre nuevo.

La primera parte, titulada El poema habla en claros enigmas, es una ponderación de la función poética, un replanteamiento de sus virtudes que nos va descifrando los diversos enigmas de la vida. Desde el nacimiento, pasamos por la fatalidad y llegamos al enigma de la creación, verbigracia, Maestro de Poesía, donde la poesía conviene en un medio para plantearnos los enigmas de la vida; Palabra Servidora, viene a ser la liberación del hombre por la palabra, la cuota de compromiso humano del artista por una sociedad diferente:

“... que todos seamos cada vez más
/libres
y dueños de nuestra propia vida y
/muerte”. (p. 17)

“... la habitación sin déspotas ni
/esclavos
que es el sueño de la poesía
para el hombre”. (p. 26)

En la segunda parte, Enajenación, el poeta despliega todas sus armas contra la deshumanización del hombre por la técnica, problema que ha sido abordado desde tan diversos puntos de vista y que conducen a un mismo resultado:

“... ya no eres tú, es eso otro,

alguien, algo, nadie, cosa” (p. 63)

La “robotización” del hombre, no deja de ser un problema de urgente solución. Aquí el poeta añora el momento en que como evolución histórica, lleguemos a ser tan sólo hombres: alegres, libres, puros... Sin embargo, lejos estamos de lograrlo, nos debatimos todavía entre guerras, holocaustos y miserias y la poesía asume su función de campana que previene y denuncia sin asombro ni temor y, lo más importante, sin traicionarse a sí misma, sin abandonar esa dosis de belleza que podemos encontrar hasta en el horror: ese trabajo puntilloso que denotan los poemas más sencillos y epigramáticos.

Debo señalar que muchos de los poemas de Cruce de Vía, están salpicados de gran ingenio y originalidad y en los menos, también saldrá a la luz una cierta nostalgia por lo pasado, cuando había gallos, patos, acequias; Malaquías y lecheros, no como simples recuerdos, sino como símbolos de la deshumanización y transculturación en que hemos caído, donde llamamos Danny a quien debió llamarse Daniel y que ahora trabaja en la construcción de El Pueblo, S.A. en sustitución del auténtico pueblo que ha perecido bajo el concreto y el asfalto. (p. 27)

Cruce de Vía, viene a ser un alto, necesario en el camino que recorremos como polidos, donde se exige de nosotros la palabra, el pensamiento, el acto, que nos permita liberar y rectificar nuestro mundo, abatido por la injusticia, que nos ha vuelto reos de nosotros mismos:

REO

Traemos preso al silencio cómplice.
vamos a someterlo a juicio.
Hay que ver todo el mal
que nos ha hecho. (p. 123)

Y ya cuando se nos acaba la sustancia del huesito que hemos estado rumiando, nos queda la sorpresa de leer la obra de madurez de un poeta que ha renovado la forma y el contenido de su poesía, y que una vez que lo leemos, tenemos la necesidad de comentarlo con algún amigo.

Estamos frente a un Cruce de Vía, que nos dice: pare, lea, actúe.

(*) Azofeifa, Isaac Felipe, CRUCE DE VIA, Editorial Cusca Rica, 1982.